

Un joven aguarda con suma impaciencia conocer su identidad...

Las constelaciones son atemporales.

Los planetas giran, giran y giran desde el inicio de los tiempos... ¿Desde cuándo?

La vida continúa... ¿Hasta cuándo?

## La tumba de Benjamín

El asunto era mucho más enrevesado de lo que pareció al inicio y tras varios días yendo y viniendo, allí estaba, completamente desorientado.

Edgardo rememoró los últimos dos casos resonantes, “Seguro de vida”<sup>1</sup> y “El canje”; este no le iba en zaga, encerraba un misterio insondable. ¿Dónde estaba su asombrosa capacidad deductiva?

¿Perdía, acaso, su poder olfativo de “sabueso”? Una densa bruma envolvía los pocos datos disponibles. Volvió a las anotaciones; las veía hasta con los ojos cerrados. Repasó por millonésima vez cada detalle: fechas, fotografías, nombres, palabras y accionar de los implicados. Todo parecía bailotear

---

1) Ver: “Seguro de vida”, pág. 125 de *Borrón y... cuentos nuevos*, donde Edgardo De la Riestra, joven detective, hace su aparición. N/A.

ante su vista, ejecutando una danza grotesca, burlona, pensó: “me volveré loco, tres días sin pegar ojo, debo descansar o acabaré con un chaleco de fuerza”. Sorbió apresuradamente el café, dejó un par de notas para que Ramón Flores, su ayudante, realizase ciertas averiguaciones y salió de la agencia zambulléndose en la nocturnal y fría penumbra.

Inconscientemente, sus pasos lo llevaron hasta la cerca. Apoyado en ella, entrecerró los párpados y volvió al inicio de la historia.

“¿Cuánto hace, casi dos meses? ¡Más! Exactamente setenta y dos días, ¡el tiempo vuela!”, -reflexionó tiritando bajo la intensa nevada. A la distancia, el hálito “humeante” de la nieve desdibujaba la tumba. Todo seguía igual. Nada alteraba el conocido paisaje, excepto el fenómeno meteorológico. Días atrás, la lluvia: porfiada, como deseando quedarse para siempre y ahora esa intensa nevisca, gélida, despiadada, que penetraba calando los huesos. Por si fuera poco, un vientito helado,

-Mira, Ramón dice la verdad –De la Riestra habla con energía-. Está pagando la ineficacia de todos nosotros para esclarecer un asunto bastante simple. ¡Avísales a las autoridades judiciales!

El reo es liberado y al fin, confiesa:

“Por un ventanal vi a Juan, mi tío, caminaba por el parque, parecía borracho. Corrí a socorrerlo pero llegué tarde, estaba muerto.

Me dominó el pánico, no estaba preparado para enfrentar semejante tragedia, jamás conté esto ni a mi pobre esposa, ¡duele ser tratado como un criminal sin culpa! Agradezco infinitamente a quienes me creyeron inocente. ¡Gracias, muchas gracias!

Tras estas sentidas palabras del ingeniero, el doctor Chamón brinda las explicaciones técnicas de lo que podríamos denominar: “homicidio sin asesino”.

Entraron como un tornado en el despacho, el Fiscal se levantó furioso.

-¿Qué es esto, no saben tocar la puerta, al menos?

-Sí, -responde Ramón en tono áspero.

-A ti, ¿quién te dio vela en este entierro?

-El deber, conciencia, honestidad responsabilidad, ética y respeto por la vida, ¿sigo enumerando, doctor? La lista es mayor.

-¿Quién se muere, me pueden explicar?

-Un pobre hombre. Entre todos lo apresamos, juzgamos, condenamos y si continuamos perdiendo el tiempo lo “asesinaremos” en unas horas. ¿Le parece poco?

-¿De qué habla?

-Del ingeniero Arganás, mañana será la ejecución, ya puede ver al juez o quien corresponda, debemos anular juicio, sentencia y condena. ¡Todo!

reafirmando con su aliento cortante la intención de proclamarse soberano indiscutido del invierno.

Admiró el precioso parque; aun a la distancia, en penumbras y entre las oleadas de la cellisca, se advertían múltiples detalles pregonando un trato excelente. Árboles añosos, especies exóticas casi extinguidas, cuidadas con esmero y capacidad hablaban del refinamiento y calidad de vida de sus propietarios. Las dos mansiones y el inmenso parque compartido pertenecían desde siempre al ingeniero Juan Bertoldo y su socio, el arquitecto Xavier Ardanás; fundadores, cincuenta años atrás, de la empresa constructora “Ardanás y Asociados”, líder en su ramo.

El arquitecto y su esposa fallecieron en un accidente aéreo y Juan Francisco, su pequeño y único hijo, quedó bajo la tutela del ingeniero.

Éste, soltero empedernido, se preocupó por educar al muchacho, tanto en el aspecto intelectual como en el moral,

deseando hacer de él un hombre de bien, íntegro como su padre.

Las enseñanzas dieron su fruto y el joven, tras una brillante y vertiginosa carrera, egresó de la Facultad de Ingeniería con los promedios máximos. Su tutor, padrino y socio, mostraba orgulloso las calificaciones del muchacho, prácticamente, su hijo.

Con el tiempo, el joven se hizo cargo de la dirección empresarial. Juan Bertoldo, al entregarle las riendas alegó que estaba cansado, más de cincuenta años de ardua labor le parecían hartó suficientes.

Juan Francisco, “Juanfa”, como le llamaban los íntimos, condujo con suma eficiencia los negocios, anexó productos y técnicas revolucionarias en el campo de la construcción y abrió sucursales en importantes ciudades. Con esta política de expansión comercial y técnica, las exigencias aumentaron. La creciente demanda sobrepasó la estructura

De madrugada aparece el perdido y se burla del pobre y dolorido boricua, el sillón no es muy apropiado para dormir.

-Vamos a ver, ¿qué es tan urgente para llamar cuatro veces en media hora?

-Nada, la solución del caso servida en bandeja, ¿te alcanza con eso?

Refirió la historia de los insectos, su consulta con el Biólogo y demás.

-Ahora, sin pérdida de tiempo, vamos a ver a Levenne, recuerda que mañana será la ejecución.

-¡Vamos, entonces! ¿Qué esperamos?

Un uniformado altanero les impide el paso.

-¡Mira con quién hablas! Si deseas pasar el resto de tu vida recorriendo los barrios bajos de la ciudad, me avisas, ¿estamos?

El agente queda de una pieza al reconocerlo.

-Perdón, señor Inspector, ¿no lo conocí! Adelante.

-Mire usted, ¿quién lo hubiese imaginado? Muchas gracias, doctor Chamón –con una reluciente sonrisa, alargó la mano al especialista dando por finalizada la consulta-. Su explicación aclara mucho las cosas y como le dije hace un rato, quizá muy pronto solicitemos sus servicios.

–Será un placer colaborar con usted, señor Flores.

Camino a la oficina, rondaban en su cerebro las palabras recién escuchadas: “los nativos los llaman “árboles de la muerte”. El nombre le viene que ni pintado, sobre todo en este caso –entusiasmado por las gratas nuevas, exclamó gozoso-. ¡Bien Ramón, casi nada!”.

-Edgardo, ven a la agencia, tengo a punto la “fruta” para que la saborees –cortó el teléfono, sin darle oportunidad de preguntar o cuestionar algo.

La espera se prolongó, el “maestro” y “director” de la agencia de investigaciones, andaba de juerga.

operativa, impulsando un permanente crecimiento y la empresa se convirtió en un pulpo descomunal, cuyos tentáculos se extendían por el mundo a ritmo acelerado.

Sufrió profundas modificaciones y su director debía viajar esporádicamente. Cada vez eran más numerosos y complicados los contratos a formalizar y problemas a resolver.

Juan Francisco se oponía rotundamente a que “el tío”, como llamaba al socio, se ocupara de esas cuestiones, no quería recargar en él las engorrosas y pesadas tareas cotidianas, pero el ingeniero insistía aduciendo sentirse todavía capacitado para encarar lo que fuese. Así, de tanto en tanto, para conformarlo, permitía que atendiese algunos asuntos menores en distintas sucursales. Le ofrecía viajar allí donde el clima era benigno y podía disfrutar del paisaje, contando durante su estadía de todas las comodidades. Demasiadas privaciones soportó en la vida para permitirle sufrir más penurias.

La alegría del “tío Juan” no conoció límites cuando su ahijado tuvo el primer hijo, su reacción fue la de un auténtico abuelo, se sentía tan dichoso que ya podía morir tranquilo, según sus palabras.

El pequeño Juan Xavier –llevaba los nombres de ambos antiguos socios y amigos- crecía sano y contento, haciendo las delicias del viejo. El ingeniero repetía emocionado que con tanta alegría los ochenta y seis años no le pesaban en absoluto.

Retornó a la realidad, el frío, enemigo implacable, intangible e inasible, atacaba impiadoso. Demostraba su presencia de mala manera, sacudiendo cada célula, cada átomo, hasta el pensamiento parecía aletargarse con él. Ejecutó una especie de zapateo para reactivar el torrente sanguíneo y con pasos rápidos se dirigió a su departamento; dormiría un par de horas.

-La denominación científica no le dirá nada, señor Flores; los nativos los llaman “árboles de la muerte”; las semillas concentran el mayor porcentaje de veneno; sin embargo, muchos insectos las consumen sin consecuencias y constituyen un importantísimo “plato” de su dieta alimentaria.

-Increíble, ¿no?

-Se trata de una especie de liana muy vistosa, puede alcanzar hasta cinco metros de altura o más. Pertenecen a la familia de las Fabáceas, su denominación científica exacta es *Abrus Precatorius*, las llaman también regaliz americano.

Son originarias de las montañas de India e Indochina. Últimamente llegaron a África, América y las Antillas. Los tallos, hojas y semillas, mi querido amigo, tienen un aroma muy agradable pero al mojarse o ser expuestas a un ambiente húmedo se convierten en un veneno sin igual. Al contactar con la más leve humedad generan en segundos un proceso químico capaz de matar a humanos o animales grandes.

la cabeza dubitativamente. Con mucho cuidado, recoge varias semillitas y dispuesto a esclarecer su procedencia, pide turno a un especialista.

En el laboratorio.

-Efectivamente -el Biólogo lo mira sonriente, espera en vano algún comentario y prosigue-, estas semillas pertenecen a vegetales extraños, exóticos, desconocidos por completo en la mayor parte del globo. Se desarrollan en ciertas islas de la Polinesia, donde, con sumo cuidado, dada su peligrosidad, las vistosas ramas, semillas y flores son utilizadas con carácter decorativo. Por otro lado, como están en peligro de extinción, prohibieron su exportación; las semillas, precisamente, son utilizadas por prestigiosos laboratorios internacionales en la preparación de drogas. Hay leyes que establecen penas muy severas y abultadas sanciones económicas a quien las venda.

-¿Cómo se llaman las plantas, doctor?

El Doctor Lavenne,<sup>2</sup> mientras aguardaba al dueño de casa, observó el lujo que lo circundaba, “estos ricos viven bien –pensó-, lástima que la avaricia rompe el saco, como suele decirse”.

-Buenas tardes Doctor, disculpe la tardanza, un tránsito endemoniado me tuvo...

-No hay problema, señor, dispongo de tiempo.

-Bien, usted dirá...

-Como comprenderá, el proceso de instrucción incluye varias etapas –hizo una leve pausa y prosiguió-, ¿qué otro dato puede aportar, señor ingeniero...? –en la voz del Fiscal General, a pesar de ser suave y cordial, se advertían la firmeza y autoridad de su cargo.

---

<sup>2</sup>) Lavenne: Funcionario del Ministerio Público. Se presenta en “El Canje”, pág. 27 de Borrón y... **cuENTOS nuevos (Editora Del Carmen, 2009). N/A.**

-Reitero mi declaración. El Ingeniero Bertoldo realizó un viaje de negocios, más bien de placer, a un par de nuestras sucursales en islas de la Polinesia, debía regresar el domingo y no fue así. Según me informaron, uno de nuestros gerentes lo acompañó hasta abordar el avión.

-Todo eso ha sido corroborado, continúe, por favor.

-Cuando el tiempo transcurrido me pareció excesivo, consulté por teléfono y la empresa manifestó que la totalidad del pasaje había descendido en forma normal. Me preocupa su salud, bastante quebrantada, indagué sin éxito en hospitales, casas de acogida, asilos y cuanto lugar se me cruzó por la mente. Al pobre “tío Juan” se lo tragó la tierra.

-¿Podrá tratarse de un secuestro... no recibió llamadas al respecto?

-No, además, pasaron tantos días que descarto de plano tal posibilidad.

-Iré a dar la vuelta al perro, bueno, en realidad a su sepultura –el moreno ríe por la ocurrencia-, pronto saborearás el fruto de mi mente privilegiada y gestión sobresaliente.

Pasea distraído, está a mil kilómetros de allí. De pronto observa con curiosidad y detenimiento cómo una hilera de hormigas transporta semillas de vivos colores, siguiendo el caminito serpenteante desde la sepultura hasta la base de un árbol enorme.

“¡Muy interesante! –Piensa-, algo extraño y pintoresco pero no me ayuda en absoluto. Estas semillas no existen en la región, ¿de dónde provienen y cómo llegaron hasta acá?”.

Interrumpe su paseo la aparición de un grupo de integrantes del laboratorio científico del Poder Judicial, sin ser advertido, hace mutis.

Cuando reina la quietud, el moreno detective, regresa. Nuevamente revisa las proximidades del promontorio de tierra, parece hipnotizado. Estudia el trajín de los insectos y se rasca



-De conformidad con nuestra constitución y el código procesal penal, atentos a los hechos y pruebas que constan en autos, este Honorable Jurado de Notables condena a Juan Francisco Ardanás a la pena de muerte por inyección letal. El lugar, fecha y hora de la ejecución lo fijará oportunamente Su Señoría.

La esposa sufrió un desmayo y fue ingresada al hospital. Edgardo concurrió con Ramón y le anunció que tenían grandes posibilidades de lograr la anulación del juicio y, por supuesto, la ejecución. La pobre mujer sonrió entre sollozos y, tal vez a causa de la emoción, se desvaneció.

-¿Cómo tuviste coraje para mentir tan descaradamente, Edgardo? Eres despiadado, sin sentimientos ni compasión.

-Esa mentira piadosa le ayudará a sobrellevar la angustia de la espera. Bien sabe Dios que lo hice por eso.

-Bien, le notificaremos si hubiese novedades, muchas gracias por su tiempo.

-¡Por favor, faltaba más! ¡Lo primordial es hallarlo! ¡Con su salud tan precaria! ¿Cómo estará?

Ramón se multiplicó: llamadas, entrevistas, revisión de papeles y fotos. Una maraña de folios dispersos sobre la mesa conformaba el expediente. “Un verdadero laberinto -pensó”.

Soltó la risa al descubrirse cantando en voz baja una rumba; a la música de una le adosaba la letra de otra. “Estoy loco –se dijo-, pero endulzar el café con sal en el restaurante, es más grave, no volverá a pasar”.

Pegó un salto al sonar el teléfono y asió el tubo anhelante, parecía un naufrago intentando aferrar la tabla salvadora.

Una vez más las pistas conducían a un camino falso, las esperanzas se escurrían como agua entre los dedos.

A pedido de Edgardo solicitó una entrevista al jardinero de la mansión; el viejo tenía cita con el médico pero regresaría a media tarde.

-Dígale al inspector –así solían llamar a De la Riestra tras su paso por la policía- que a las cinco estará bien.

-Perfecto, señor Jaime, muchas gracias.

Ramón dedicó unos minutos a saborear el aromático puro. Como todo caribeño conserva esa costumbre; además del ron, la música tropical y las jovencitas, tropicales o de cualquier procedencia, para él todas son perfectas, odia las discriminaciones.

Mientras saboreaba el cigarro revisó cuidadosamente la correspondencia.

“Nunca se sabe, hasta en el cesto de los papeles puede hallarse la solución, pero creo que este caso no debe tenerla”.

La suerte está echada, sólo falta la palabra oficial anunciando el veredicto. Los miembros del Honorable Jurado cabizbajos y en silencio se ubican en los escaños.

-Señores del Jurado, tienen...

Como el clamor del público cubría su voz, el Ujier se vio obligado a tocar un timbre y pedir silencio.

-Señores del Jurado, ¿tienen el fallo?

-Sí, señor, la votación fue unánime.

-Bien, por favor, procedan a su lectura.

-En esta ocasión la pena se incrementa por el carácter y circunstancias del delito, más sus agravantes: premeditación, alevosía, edad avanzada de la víctima y la confianza ciega depositada por el difunto en el victimario a quien cuidó y quiso como a un hijo.

Se acentuó el silencio, la ansiedad consumía a los principales protagonistas.

Juan Francisco escuchaba esto y veía cada vez más turbio el panorama, en realidad desconocía por completo lo del hijo de su socio, de saberlo hubiese ayudado.

La vida sigue su curso, como se dice comúnmente, y las cosas toman un rumbo, en ocasiones, imposible de alterar. En esta oportunidad sucedía así. El detenido fue juzgado por un Jurado totalmente imparcial, ningún integrante conocía al acusado ni existían tampoco relaciones entre ellos. Recibieron las escasas pruebas obrantes en autos y, ateniéndose a la legislación vigente, debían emitir un fallo dentro de seis días.

Para impedir que fuesen influenciados, los hospedaron la última semana en un establecimiento rural.

El juicio tomó una resonancia colosal, por lo extraño del caso, homicidio sin víctima, más la personalidad y estatus del acusado. La sala está atiborrada de gente. Muchos ignoran de qué se trata pero asisten igual, los seres humanos se asemejan a las ovejas, marchan siempre en pos del rebaño.

La policía investigó al joven empresario, su conducta era intachable: alumno excelente, padre y marido ejemplar, un verdadero dechado de virtudes.

Los interrogatorios a empleados, vecinos y amigos no aportaron elemento alguno útil a la causa. El anciano se evaporó, no aparecía, ni vivo, ni muerto.

Realizaron allanamientos en las mansiones familiares y, con mayor ahínco, en las empresas: instalaciones y oficinas, documentos, cuentas bancarias, vehículos, etc.

En la caja fuerte del anciano ingeniero hallaron un documento que quizá condujese a la solución del caso, la notificación de un importante estudio jurídico patrocinando a un joven que afirma ser hijo del ingeniero Bertoldo. Por tal motivo en apuntes de puño y letra el presunto padre realiza una serie de consideraciones: “Me encanta la posibilidad de ser padre de un varón, gracias a él perdurará mi apellido. Este chico, si Dios quiere, será mi orgullo y único heredero”.

Para ganar tiempo, responde a los abogados litigantes que debe viajar de inmediato y a su regreso realizarán sin demora los trámites de filiación.

-Usía, -dice el Fiscal-, ahora deberemos adoptar medidas precautorias, ¿no le parece?

-Sí -responde el Juez con voz grave-, tiene razón, es imprescindible hacerlo, emitiré la orden de arresto.

Así, de la noche a la mañana, el joven empresario queda incomunicado en una celda. La noticia de su detención causa sensación en la opinión pública. La justicia amparada en el secreto sumarial multiplica el interés por el caso y profundiza el misterio.

Jaime rastrillaba la grama recién arrancada cuando Edgardo ingresó al parque. Estudió a conciencia cuanto lo rodeaba, quizá pudiese hallar algún indicio inadvertido hasta el momento. La suerte seguía siendo adversa. “Los milagros no

El Magistrado dio por concluida la sesión, la próxima tendría lugar en quince días.

Edgardo, tras varias horas de espera, encontró al taxista en un café y decidió abordarlo. La conversación fue tan agradable como infructuosa. El hombre era cortés y parecía sincero. Por ese lado, ¡nada!

En la siguiente sesión, la querrela presenta un escueto informe referente al presunto hijo del ingeniero.

-¿Quién puede aseverar la autenticidad del documento mencionado y no tratarse de una burda y cruel maniobra para condenar a mi defendido? -El abogado presentó esa objeción en un desesperado intento de desacreditar el asunto. Si esos papeles fuesen apócrifos, la acusación también podría serlo.

-Respecto a dicha cuestión -arguyó el Fiscal-, obra en sede judicial la declaración jurada de los titulares del estudio jurídico que promueve la demanda.

-¡Sí, señor! Ayudé al anciano a descender del coche y subir la escalinata en la entrada lateral de lo que parecía un enorme parque.

-Por mi parte, no hay más preguntas. El testigo es suyo, –indica al defensor.

-Gracias, señor Fiscal. Pregunto: ¿había visto a esta persona con anterioridad?

-Para nada, señor, jamás. Era un pasajero más.

-Ajá; ¿no le extrañó verlo solo con semejante temporal?

-Sí, como el trayecto es largo cambiamos algunas palabras. Dijo que regresaba de... olvidé el nombre del lugar.

-¿Ingresó por el parque?

-No podría jurarlo, tuve esa impresión. ¡Ah! Portaba una pequeña maleta y un paquete de papel bastante mojado.

-Bien, señor, muchas gracias –el abogado quedó perplejo, la declaración del taxista dejaba malparado a su defendido.

existen –se dijo-, hay que producirlos, no se concretan por sí solos”.

Caminó con aire distraído hacia el jardinero, que continuaba ensimismado en su tarea; volvió a contemplar el promontorio de tierra y rascándose la cabeza profiere un par de palabras ininteligibles; luego encara al anciano.

-Señor, ¿todavía recuerda los movimientos de esa noche? –la pregunta lo toma agachado, se incorpora con presteza y le regala una de sus cándidas sonrisas.

-Mire, a pesar de mis años conservo inalterable la memoria: cada palabra, gesto o hecho permanece en ella con absoluta fidelidad. ¿Qué desea saber?

-No me queda muy claro ese asunto de la sepultura...

-¡Ah...! ¿Era eso? Como le dije, ayudé al señor Juan a trasladar a Benjamín. Debimos arrastrarlo, era un animal muy grande, además, mojado como estaba, pesaba el doble.

-¿Mojado, dice...?

-Señor, se lo comenté, ¿no recuerda?, lloviznó desde la mañana.

-¡Cierto! ¿Qué hora sería?, más o menos...

-Puedo asegurar que eran las once de la noche con diez minutos. Cuando comenzamos a echarle tierra oí el silbato del tren y su horario es perfecto, no varió en años. Eso sí, por la lluvia, apenas cubrimos el cuerpo, lo tapé bien al día siguiente.

El investigador agradeció al sirviente y se marchó. Las palabras del viejo repiqueteaban en sus oídos: "... eran las once de la noche... lo tapé bien al día siguiente".

Allí no había mentiras ni secretos, la muerte del perro y la desaparición sucedieron en forma simultánea, pero sin aparente relación. El destino se encargó, caprichosamente, de hacer que coincidiesen en el día y... ¿quizá también en la hora? ¿O se trató de una circunstancia fortuita?

Agotados los tiempos legales para la prisión preventiva, procesan al empresario bajo los cargos de asesinato con alevosía y desaparición de persona.

-Soy chofer de la agencia "El Águila" desde hace quince años. Según normas de la empresa, con turnos rotativos. Alternando días, horarios y zona operativa cada semana, es lo usual.

-¿Qué puede decirnos sobre el viaje del...?

El Secretario mira los registros y precisa la fecha.

-Una nohecita muy lluviosa por cierto, trasladé a un señor desde el aeropuerto al domicilio que muestran por televisión hace varios meses.

-¿Está plenamente seguro, no se confunde de pasajero, hora o recorrido?

-Señor, me ofende –con tono alterado-, nos ofende a mí y a la empresa.

-No se sienta atacado, estoy obligado a formular esa pregunta. Reitero, tiene la certeza de...

Cuando el Doctor Lavenne solicita la comparecencia de su testigo, un hombre escoltado por dos uniformados ingresa a la sala y es conducido al estrado.

-El Ministerio Público presenta en este instante a un testigo fundamental, el señor Leopoldo Riarte.

-Señor, ¿jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

-Sí, lo juro.

-Bien, tenga presente que está bajo juramento y en caso de mentir se le procesará por perjurio con la gravedad que ello implica. ¿Entiende lo que digo?

-Sí, señor, perfectamente.

-Queda debidamente aclarado el punto. –El Fiscal habla con amabilidad no exenta de firmeza-. Por favor, diga en voz alta su nombre, apellido y profesión.

-Leopoldo Riarte, conductor profesional.

-Manifieste dónde trabaja, zona, días y horarios.

-Entiendo que han hecho y hacen lo imposible –dice Laura, esposa del acusado, a De la Riestra-, pero hasta ahora, no alcanzó. Necesitamos resultados, la salud de mi esposo se deteriora, la impotencia lo está matando.

-Señora, si desea contratar a otra agencia está en su derecho; usted es consciente de que trabajamos a full, sin horario, y le prometo continuar así.

-Estoy convencida de ello, mi preocupación es por la situación penosa de su salud, ¡entiéndame! Enfrentamos un desafío difícil de superar, su capacidad no está en discusión, le ratifico mi absoluta confianza.

-Muchas gracias –el detective estrecha la mano de su cliente.

Ramón, agazapado tras un macizo de flores, observa los movimientos de los policías, un teniente y dos ayudantes. “Ya se marcharán –pensó-, y entonces, si dejan de pisotear el terreno, echaré un vistazo”.

Hacía dos horas que la comisión policial recorría el parque, revisando con detenimiento cada árbol, cantero o mata de pasto; hasta la caseta del perro fue objeto de exhaustivos análisis. El joven boricua debió jugar al gato y el ratón para no ser descubierto; con una sonrisa burlona en los labios, se desplazaba velozmente cada vez que los hombres de la ley se movían cerca de su escondite.

“Por fin –suspira aliviado–”, el trío sube al coche patrulla estacionado frente a una de los portones y el vehículo sale disparado a altísima velocidad con la sirena al máximo volumen.

“Se les escapa un asesino, seguramente”, -musita entre dientes, yendo hacia Javier.

Éste repitió la historia sin cambiar una palabra, como siguiendo un libreto cuidadosamente elaborado y aprendido de memoria.

-No, doctor, lo intento y me resulta imposible, es una pesadilla, Jaime, con su memoria prodigiosa, recuerda nada más el entierro de Benjamín, ni un detalle fuera de eso.

-Según trascendidos, la querrela dispone de un testigo importante, se ignora por completo su identidad.

-No creo que alguien pueda aportar datos a favor o en contra de mí.

La vida tiene jugarretas extrañas e increíbles; una de estas incrimina al joven empresario, sin poder defenderse. Jaime, el viejo servidor, busca por su lado, quizá el parque tenga un secreto y él, con su conocimiento del lugar más la experiencia que otorgan los años, pueda descifrarlo.

-Comienza la sesión, –el ujier espera unos segundos-.  
Preside el Honorable Lucius Mendiolaza, de pie, por favor.

El Secretario saluda al Magistrado y público asistente, luego presenta a letrados y acusado e inicia la exposición del caso.



La tumba de Benjamín

-Bien, por favor, reitere lo declarado –el abogado intentará defender a su cliente, aunque tiene la convicción de enfrentar un caso perdido.

-Estoy cansado, no me siento con ganas de hablar, perdóneme doctor, quizá mañana...

-No hay problema, señor, entiendo su estado de ánimo, lo dejamos para mañana, entonces.

El reo queda solo, sumido en sus cavilaciones: “No puedo hablar, sería auto-condenarme”.

La pesquisa de los detectives privados no adelanta y ni hablar de la investigación policíaca. Siguen tan perdidos como el primer día.

El tiempo avanza inexorable, pronto se celebrará la primera audiencia y el abogado defensor se desespera.

-Señor ingeniero, tenemos el tiempo contado para demostrar su inocencia y no veo cómo podremos hacerlo.

¿Consiguió recordar los hechos de esa noche?

La tumba de Benjamín

El muchacho lo escuchaba distraído, mirando de soslayo el montículo de tierra. Parecía poseer un magnetismo muy potente, tal era la atracción que ejercía sobre él.

Como las sombras de la tarde anuncian la caída del sol, agradece al anciano y se marcha.

-Te digo que esa tumba es sumamente sospechosa, encierra un misterio, podría jurarlo.

-Presiento lo mismo, Ramón, mas... no creo que Su Señoría se deje llevar por corazonadas o sospechas. Exigirá algo más sólido para ordenar la apertura del foso, no querrá arriesgarse a hacer el ridículo...

-Podemos urdir un plan –manifestó Ramón- si muerden el anzuelo, tendremos allanado el terreno.

-Totalmente de acuerdo. –De la Riestra toma el teléfono.

-¿A quién llamas...?

La pregunta muere en los labios del moreno, Edgardo lo contiene con un gesto, luego disfrazó la voz y habló atropelladamente, con una urgencia y exaltación fuera de lo común. Conforme avanzaba la comunicación, sonreía.

-Ya está -dijo al cortar-, inventé un testigo anónimo que aportó datos muy importantes a la policía. Dijo haber visto hace unas noches a un hombre trabajando con una pala donde está la tumba del perro. Si el cebo funciona, mañana tendremos la fosa abierta –tras estas palabras soltó una estruendosa carcajada.

Chapuceando una rumba del repertorio de Amelita Vargas, brindaron con ron cubano, tan fuerte, que, pese a estar habituados a él, lagrimeaban a cada sorbo.

Luego, cantando y riendo, salieron de la oficina, parecían más dos juguistas en la antesala de una borrachera que dos experimentados detectives, terror de los malhechores.

Una verdadera legión de técnicos rodeaba la excavación. A través del nylon que lo envuelve -tal como dijese Jaime en su momento-, se trasluce el cuerpo del can.

Lo descubren parcialmente y un hedor nauseabundo confirma el avanzado estado de putrefacción.

Los médicos echan una leve mirada con repugnancia.

-Suficiente –dijo uno y luego se dirigió a dos hombres que permanecían silenciosos, pala en mano-, muchas gracias, señores, procedan a cubrir la fosa.

Se retiraron desalentados al ver esfumarse la única posibilidad.

Reunidas las pruebas por el Ministerio Público, se da inicio al juicio por el “crimen” del ingeniero Bertoldo.

El presunto asesino está muy desmejorado y se opone desde el primer momento a recibir a sus hijos; cada visita de la esposa constituye un suplicio para ambos.